

Memoria, Silencio y Acción Psicosocial. Reflexiones sobre por qué recordar en Colombia

Por: Julián Carreño

Comunicador, escritor y periodista

Integrante del Movimiento Nacional de Víctimas de Crímenes de Estado, Movice

Desde las últimas décadas hasta nuestros días, la memoria ha ocupado un lugar importante en los discursos intelectuales de la academia colombiana. Si bien es cierto, como lo planteara Andreas Huyssen (*Presentes pretéritos: medios, políticos y amnesia*. 2002) que acontecimientos no menores como la caída del Muro de Berlín, y lo que se llamó en algún momento el desmoronamiento de los grandes relatos, conllevaron a trasladar la mirada hacia el pasado, también lo es, como lo dilucida él mismo, que asistimos a un “boom de la memoria”, cuya consecuencia inmediata se vislumbra en el auge de ésta al interior de las comunidades académicas, memoria incorporada todavía desde una insularidad parcial o, en algunos casos, total con el mundo socio-político.

Es en este sentido, desde donde pudo haber surgido la reciente publicación *Memoria, silencio y acción psicosocial. Reflexiones sobre por qué recordar en Colombia*, un esfuerzo que brota en el seno mismo de la academia, pero a partir de cierta disidencia, cierta “epistemología de la colaboración” (Castillejo, 2009) y quizás, cierta “militancia de la memoria” (Ángel del Río Sánchez. 2008). Sus editores: Julio Roberto Jaime Salas, Edgar Barrero Cuellar y Claudia Girón, se aventuran en un trasegar que desafía a los discursos académicos lejanos de tener una mirada amplia de la realidad social y política del país.

El primer capítulo, *La memoria contra el olvido en Colombia*, problematiza la tensión entre memoria y olvido, así como sus consecuencias ineludibles para un país en donde persiste la impunidad y el conflicto social, político y armado. Contiene tres artículos provocadores. El primero se titula *Iluminan tanto como oscurecen: de las violencias y las memorias en la Colombia actual*, del profesor, antropólogo e investigador Alejandro Castillejo. Más que una reflexión sobre la diversidad de estudios de la memoria, se requiere, según el autor, comprender la violencia sociopolítica del país desde el punto de vista de las articulaciones con el pasado.

Una pregunta entonces que se hace Castillejo es la siguiente: ¿cómo las sociedades enfrentan su pasado? Plantea dos escenarios, a saber: por un lado, desde el esclarecimiento en momentos de transiciones políticas (es interesante el llamado a la crítica que hace el autor en torno a la transicionalidad, pues según advierte, en el caso de Sudáfrica, pese a que se abolió el Apartheid, no se indagaron las razones de fondo de los crímenes, so pena de derruir la unidad nacional y la reconciliación, lo que redundaría en la injusta distribución actual de la tierra) materializados en las investigaciones histórico-

factuales de las comisiones de la verdad; por otro lado, en las actualizaciones del pasado, caso de las comunidades de sobrevivientes.

Algunos elementos de reflexión que deja el autor están referidos a la memoria como una epistemología de la selección, en donde las subjetividades debe ser tomadas en cuenta por necesidad, en aras de que la memoria se encarne en el ser humano y haya de esta suerte lo que llama el autor una *articulación de sí*, es decir, una construcción de sentidos sociales del pasado, que nos permita como colombianos y colombianas comprender las causas de fondo y de estructura de la violencia sociopolítica, desde el retorno a lo cotidiano. En este sentido, la academia debería tener como cimiento una “intelectualidad vigilante” y un “activismo teórico”.

El segundo artículo de este capítulo se titula *De la memoria ingenua a la memoria crítica: nueve campos reflexivos desde la psicología social de la liberación*. En este texto el investigador y director de la Cátedra Ignacio Martín Baró, Edgar Barrero, indaga sobre la experiencia de la memoria desde la óptica de su significado en el marco de las presencias o de ausencias de la misma; así como las valoraciones que se hacen a partir de ella. Su crítica se circunscribe a la psicología social de la liberación y, por consiguiente, a los efectos que tienen, entre otros aparatos de poder, los medios de comunicación en la conciencia crítica de los sujetos.

Es quizás por esta razón que decide acercarse a Paulo Freire en cuanto a los niveles de conciencia y sus efectos “al interior de la estructura histórico-social”. Según la forma como se significa la experiencia vital existencial, la organización de los sistemas cotidianos de interacción y comunicación, la posición del sujeto en el entramado social y los sistemas ideológicos en los que participa el sujeto, estarían tres niveles de conciencia: una memoria ingenua, en la que ésta se desconoce a sí misma y prefiere sumergirse en las lagunas del olvido conducido; otra memoria mágica, en la que se reconocen los hechos históricos, aunque atribuyéndoselos a deidades míticas ante las cuales no hay nada que hacer; es aquella que causa la impotencia de la acción; y una más, la crítica, cuyo quehacer consiste en auscultar las causas de lo sucedido como posibilidad de transformación social y política.

El tercer y último artículo de este capítulo, *Las memorias como clave para superar el marasmo*, del psicólogo Nicolás Armando Herrera, realiza una indagación interesante sobre lo que sucede en Colombia desde el punto de vista de la psicología social; esto es, naturalización de la guerra, fatalismo histórico y una lógica exacerbada del presentismo o del “aquí” y el “ahora”. Según el autor, la memoria ha tenido unas ciertas transformaciones en el ámbito de los discursos académicos y cobra especial relevancia desde Durkheim a Halbwachs, cuando resulta posible la reflexión sobre memoria colectiva, memoria de masas y memoria histórica. En este sentido Herrera detecta dos grandes tensiones: una, entre memoria y olvido; otra, entre memorias hegemónicas y disidentes.

Un segundo capítulo se titula *El rol de las ciencias sociales: recuperación de la memoria histórica y reparación integral de las víctimas*. Allí el reconocido historiador

colombiano Mauricio Archila, en su reflexión sobre *La historia hoy: ¿memoria o pasado silenciado*, enfatiza la posición del recuerdo en el individuo; este es el portador inmediato de la memoria, pero en realidad son los grupos sociales la que la determinan. Archila reflexiona sobre el sentido de la historia para los historiadores en esa tensión entre modernidad y posmodernidad, tensión que ha marcado las discusiones académicas de este campo disciplinario, sobre todo en las últimas décadas. Aunque Archila no se centra en esta discusión, en cambio sí exhorta a superar “la insularidad de nuestra academia y a mantener viva la memoria”, en vista de que “acallarla es prácticamente arrancarnos la piel”.

En este capítulo también aparece la reflexión del psicólogo Armando Aguilera, en el texto *El silencio impuesto a la recuperación de la memoria: una propuesta de la atención psicosocial a víctimas de violencia sociopolítica en Colombia*, en donde el autor hace evidente el surgimiento, en la década de los noventa, de las indagaciones sobre los problemas individuales, sociales, culturales, económicos y políticos generados por el clima de la violencia. Según él, los psicólogos que intervienen en casos de violencia sociopolítica, desde sus avances y retrocesos en los análisis y las capacidades de interactuar con la realidad colombiana, debe propulsar propuestas de intervención psicosocial que apuntalen a la construcción de procesos organizativos, educativos y terapéuticos.

En un tercer capítulo titulado *Memoria, historia y futuro en Colombia*, aparece un texto que todavía hoy y más que todo hoy tiene plena vigencia. Se trata de la introducción del primer informe Colombia Nunca Más, del padre Javier Giraldo y que se tituló *Memoria histórica y construcción del futuro*. Allí el padre Giraldo enfoca su mirada hacia la estrategia de “perdón y olvido” por parte del establecimiento político, presentada en su esencia para evadir la responsabilidad del Estado colombiano en los crímenes de lesa humanidad. Estrategia por lo demás difusa e inmoral que convierte al olvido en una nueva agresión contra las víctimas.

Recuerda el padre Giraldo que no hay que temer al hecho de que la memoria parta de la interpretación del pasado, cuestionando los postulados o pretensiones de objetividad, que le restarían supuestamente su carácter de rigor científico. Sucede más bien lo contrario: es precisamente su carácter experiencial y subjetivo lo que la humaniza e invita a salvaguardarla, bajo la convicción inexorable de que la derrota de las víctimas no es definitiva.

Otro tanto puede decirse del artículo *La memoria como constituyente de identidad social y colectiva* de la escritora y periodista Maureen Maya. La escritora presta énfasis en que la memoria no sólo se sostiene en recuerdos autorizados inscritos en valores simbólicos, a través de monumentos, calles, escuelas, entre otras, sino que estos lugares del recuerdo logran trascender sólo si conjuran el odio y consiguen resarcir a las víctimas.

Un artículo que cobra especial relevancia es el escrito por los profesores universitarios e integrantes del Movimiento Nacional de Víctimas de Crímenes de

Estado, Claudia Girón y Raúl Vidales, y que titulan *El rol reparador y transformador de la memoria: de la eficacia simbólica a la acción política colectiva*. En este artículo los profesores no sólo realizan una elaboración académica, sino que además ponen a flor de piel su sensibilidad como defensores de derechos humanos, como “militantes de la memoria”, lo que les permite de facto rechazar la idea inicial de que nos encontramos en un contexto transicional. Es imposible hablar de transición política en Colombia, expresan, bajo la existencia del conflicto interno vigente.

Los autores en este sentido prestan hincapié en los mecanismos de poder que han permitido una falsa valoración del conflicto interno colombiano, evidente en un ambiente social del olvido, la pervivencia de la impunidad y la desarticulación del tejido social. En consecuencia, recalcan la importancia de la memoria colectiva como forma de organización y lucha política de las víctimas, a través de las estrategias audiencias ciudadanas y galerías de la memoria del Movice, estrategias que buscan esclarecer lo sucedido, las razones bajo las cuales fueron victimizadas, los responsables de los crímenes, por citar algunos de sus objetivos, que son a su vez parte de los derechos a la Verdad, la Justicia, la Reparación Integral y las Garantías de no Repetición. Desde Maurice Halbwachs, plantean dos marcos sociales en el caso de las víctimas de crímenes de Estado: 1. Hitos de la violencia, que marcaron la vida del país. 2. Generación de sentido y pertenencia para mantener viva la memoria de los ausentes.

Por último, encontramos el texto de Nelsón Molina y Diana Carolina Páez, quienes lo han titulado *La memoria colectiva, una ética del futuro*. En este texto los autores hablan de la memoria como aquella que está inscrita en transformaciones permanentes, acciones selectivas y consecuencias relacionales. En esta dirección destacan tres aspectos en particular: factores sociales, la temporalidad de la memoria y los medios implicados, todos ligados a las peculiaridades culturales. Pese al esfuerzo que hacen los escritores de tomar en cuenta, incluso a quienes no quieren recordar, es de destacar que esta apertura a los diálogos de memorias, podría también incentivar una omisión, de no plantearse críticamente, en torno a las razones por las cuales el olvido ocupa hoy un lugar social predominante.

Este libro es, en definitiva, de obligada lectura por estos días. Confiere un lugar para nuestro destino como país y como nación. Hoy en día que nos vienen los vientos aciagos de la ley de víctimas y de tierras, con la consiguiente titulación del despojo, y que muchos han recibido bajo la ilusión de una brisa fresca, este libro nos llega a los oídos para recordarnos por qué es importante no olvidar en Colombia.